



Prensa y modernización en *La Edad de Oro* (1889) de José Martí

Press and modernization
in *La Edad de Oro* (1889) by José Martí

Clara María Avilés¹

Recibido: 12/03/2020

Aceptado: 01/09/2020

Publicado: 09/11/2020

Resumen

El polifacético escritor cubano, José Martí, es una de las figuras literarias más representativas del modernismo latinoamericano. Si bien, en el ámbito de las letras es más conocido por su producción poética, también fue un notable traductor, narrador, dramaturgo y cronista. El presente trabajo se propone analizar una de las zonas textuales de la obra literaria del autor a la que la crítica le ha prestado una atención relativamente escasa: *La Edad de Oro* (1889). Nuestro estudio se centra en dos cuestiones significativas para la indagación de la revista: el modo en que se construye el sujeto de la enunciación martiano y el público al que se dirige y se proyecta en sus páginas.

Palabras clave

José Martí; *La Edad de Oro*; revista cultural; Siglo XIX; modernismo latinoamericano.

Abstract

The multifaceted Cuban writer, José Martí, is one of the most representative literary figures of Latin American modernism. Although, in the field of letters, he is best known for his poetic production, he was also a notable translator, storyteller, playwright and chronicler. The present work aims to analyze one of the textual areas of the author's literary work to which the critics have paid relatively little attention: *La Edad de Oro* (1889). Our study focuses on two significant questions for the investigation of the journal: the way in which the subject of Martí's enunciation is constructed and the public to which it is addressed and projected on its pages.

Keywords

José Martí; *La Edad de Oro*; cultural magazine; 19th century; Latin American modernism.

¹ Profesora y Licenciada en Letras (UNMDP). Becaria tipo A de la UNMDP y estudiante de la Maestría en Letras Hispánicas. Miembro en formación del grupo de investigación "Latinoamérica: Literatura y Sociedad", dirigido por Mónica Scarano. Ayudante graduada simple de la asignatura Literatura y Cultura Latinoamericanas I (UNMDP). Contacto: cla.mdq@gmail.com



La figura de José Martí ha ocupado un lugar a la vez privilegiado y complejo en la periodización de la historia de la literatura latinoamericana, en general, y del modernismo, en particular. Sin ir más lejos, la conceptualización del término *modernismo* dio lugar a las más diversas polémicas en torno a su definición. Sus primeras manifestaciones en el campo cultural y literario nos remiten a los últimos decenios del siglo XIX y los primeros del XX, y coinciden con el proceso simultáneo de incipiente modernización, de fundamental importancia para los países del continente americano –a excepción de Estados Unidos y Canadá–, puesto que se vieron obligados a incorporarse en la civilización industrial de la burguesía decimonónica occidental (Schulman 10). Tal como señala Ángel Rama, el modernismo consiste en el conjunto de formas literarias que traducen las diferentes maneras de incorporación de América Latina a la modernidad, concepción sociocultural generada por la civilización industrial de la burguesía del XIX y asociada a la expansión económica y política de los imperios europeos y estadounidense.²

Una serie de investigadores que estudiaron el modernismo debatieron acerca de su condición de ‘escuela’ o ‘movimiento’ y presentaron, principalmente, tres posturas: una de influencia francesa, otra de corte más social y, por último, la propuesta que nos interesa seguir en este trabajo, sostenida por críticos como Federico de Onís, Roberto Fernández Retamar, Susana Rotker, Julio Ramos, Rafael Gutiérrez Girardot y Ángel Rama, entre otros. Estos últimos proponen considerar al modernismo como una ‘época’, lo que permite pensar las complejidades de un mundo cambiante, heterogéneo y contradictorio. Pensar el modernismo desde esta tercera opción supone incorporar a José Martí como iniciador y representante genuino de ese movimiento. Resulta, a nuestro juicio, la mirada más superadora para entender a este autor, uno de los primeros en dar cuenta de la crisis de su época y del rol del artista en el nuevo paradigma.

Por esta razón, coincidimos con la postura de una serie de críticos que consideran al escritor cubano como iniciador y partícipe del movimiento literario, artístico y cultural modernista, dado que, como señala Ángel Rama, “fue situado en el arranque de la ola modernista de la que será padre, generoso progenitor con larga e impredecible descendencia” (2). No obstante, si bien su ubicación dentro del modernismo no es cuestionable en nuestros días, sucede que esta figura oscila entre dos épocas distintas: el segundo romanticismo del siglo XIX y los albores del modernismo. Sin el objetivo de ser exhaustivos ni de ahondar en esta cuestión, nos interesa en esta oportunidad considerarlo como la figura central del Modernismo latinoamericano, en función de nuestro corpus de análisis.

Salvo breves intermitencias, José Martí vivió en los Estados Unidos desde enero de 1880 hasta comienzos de 1895. Estos años coinciden con los últimos de su vida y también con la etapa de mayor madurez del escritor. Por lo contrario de lo que podría pensarse, la estadía en el país del Norte contribuyó a darle forma y consolidar su pensamiento latinoamericano. Tanto es así que, durante este período, colaboró en numerosos periódicos de todo el continente. Quizá la más saliente sea su participación en *La Nación* de Buenos Aires, aunque escribió también para otros diarios, como *La Opinión Nacional* de Caracas, *La Opinión Pública* de Montevideo, *El Partido Liberal* de México, sólo por mencionar algunos de los más importantes.

Contando con esta experiencia, Martí fundó en 1889 *La Edad de Oro*, una revista mensual de tapas azules que inauguró en América una novedosa y moderna literatura, dirigida a los niños y jóvenes de habla hispana. Se publicó de julio a octubre de ese año y contó con tan solo cuatro números, cada uno de ellos compuesto de treinta y dos páginas. En los meses de su

² En esta línea, nos resulta muy acertada la formulación conceptual del movimiento elaborada por Federico de Onís, quien apuntó: “nuestro error está en la implicación de que haya diferencia entre modernismo y modernidad, porque modernismo es esencialmente, como adivinaron los que le pusieron ese nombre, la busca de modernidad” (625).

publicación, el cubano, una de las más salientes figuras del Modernismo hispanoamericano, se ocupó tanto de la producción y selección de los textos e imágenes, como del proceso de impresión y distribución continental (Arias 3).

En pocas palabras, *La Edad de Oro* consistió en un proyecto integral, de carácter educativo, literario y político con el que el cronista y poeta “anduvo dando vueltas” diecinueve años antes de que saliera a la luz el primero de los números. Si tuviéramos que describir la revista sintéticamente, podríamos hacerlo con los términos que Martí emplea en una carta enviada el 28 de octubre de 1888 a su amigo uruguayo Enrique Estrázulas, con quien compartía un diálogo epistolar fluido:

¿Sabe que ando dando vueltas a la idea, después de dieciocho años de meditarla, de publicar aquí una revista mensual, *El Mes*, o cosa así, toda escrita de mi mano, y completa en cada número, que venga a ser como una historia corriente, y resumen a la vez expedito y crítico, de todo lo culminante y esencial, en política alta, teatro, movimiento de pueblos, ciencias contemporáneas, libros, que pase acá y allá, y dondequiera que de veras viva el mundo? Si es, no será a la loca, sino con esperanza razonable de éxito (citado en Arias 337).

En este fragmento de la epístola nos interesa observar la claridad con la que el cubano le dio forma a la idea de lo que luego sería *La Edad de Oro*. Ya se observaban una serie de aspectos que serían fundamentales en la composición. Primero, una revista mensual que operase como una “historia corriente”, con la síntesis de aspectos variados, y que contemplase los hechos más salientes de “política alta, teatro, movimiento de pueblos, ciencias contemporáneas, libros, que pase acá y allá, y dondequiera que de veras viva el mundo”. Además, que fuera “toda así escrita de mi mano y completa en cada número”, es decir, que la figura del ideólogo gestionase integralmente la revista –tal y como sucedió–.

Martí comunicó su proyecto a otro íntimo amigo, el funcionario Manuel A. Mercado, por medio de una misiva enviada el 3 de agosto de 1889. En ella explicó cómo era posible “publicar un periódico de niños sin caer de la majestad a que ha de procurar alzarse todo hombre” (*Cartas* 60). Y sostuvo dicha propuesta al punto de que ese sería –siguiendo las ideas de Salvador Arias– el motivo por el cual *La Edad de Oro* dejó de publicarse.

Más adelante, en el mismo texto dedicado a Mercado, Martí comentó a su amigo cuál era el ideario político, estético y pedagógico subyacente en el programa que se proponía para la revista de tapas azules:

Verá por la circular que lleva pensamiento hondo y ya que me la echo auestas, que no es poco peso, ha de ser para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que a llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo. A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América. Si no hubiera tenido a mis ojos esta dignidad, yo no habría entrado en esta empresa (*Cartas* 60).

Aquí Martí vuelve a hacer hincapié en una serie de cuestiones cruciales para la elaboración del periódico. Del fragmento cabe señalar, en primer lugar, la responsabilidad que significaba para el cubano el emprendimiento de la revista para niños: la transmisión de valores que recuperaran la idea de arraigo a la tierra en las futuras generaciones. En este sentido es llamativa la repetición pronominal de “ella”, refiriéndose a la tierra que debería ser habitada por los hombres que allí

nacieran como ciudadanos legítimos. Por esta razón, el autor subraya la importancia de que los niños sean criados para llegar a ser hombres de su tiempo y, específicamente, hombres de América. En tal magnitud sentía la obligación que aclara que no se propuso la edición de la revista sino “teniendo en sus ojos esa dignidad”.

No obstante, *La Edad de Oro* no se inició como un proyecto aislado en el campo cultural estadounidense, sino que su aporte contribuyó a nutrirlo. Numerosos escritores, periodistas y educadores de Cuba y de la región se dedicaron a la prensa periódica infantil, juvenil y pedagógica, cuya circulación fue vasta y transnacional. Alejandra Josiowicz recorre la trayectoria de Martí en publicaciones cubanas y norteamericanas de carácter instructivo específicamente dedicadas a los más jóvenes: la primera fue su colaboración en *La Juventud*, fundada por Gonzalo de Quesada en Nueva York, cuya contribución consistió en semblanzas sobre figuras cubanas; *La Niñez*, publicación habanera para niños, dirigida por Fernando Urzáis, que circuló del 8 de mayo al 1 de septiembre de 1879; y *La Ofrenda de Oro*, revista publicada de julio a diciembre de 1883 por la misma empresa tipográfica que publicó *La Edad de Oro* (61).

La propuesta de darle forma de revista a ese proyecto, que tantos años “anduvo dando vueltas”, finalmente se concretó en 1889, cuando Martí aceptó el ofrecimiento de la New York Life Insurance Company. Esta tipográfica estaba dirigida por Aarón Da Costa Gómez, un reconocido impresor brasileño y corredor de la compañía de seguros, quien figura en la contratapa de la revista con domicilio en la ciudad de Nueva York.

Como ha sido mencionado con anterioridad, si bien cuenta con la edición de tan solo cuatro números, este proyecto martiano representa una forma de expresión literaria que resulta muy novedosa y valiosa para el continente. Por un lado, porque es un aporte significativo para la formación del movimiento modernista hispanoamericano y, por otro lado, debido a que se trata del primer periódico –presuntamente– infantil en español, dedicado a los niños y niñas de América. En estas páginas, Martí se ocupa de este grupo de lectores y privilegia la formación de las futuras generaciones constituidas en función de su americanismo y en relación con, principalmente, la modernidad. Por esta razón, rescata en las páginas de *La Edad de Oro* la expresión del progreso, de la ciencia y la técnica como guías del hombre americano hacia el futuro.

Quizás el pasaje que José Martí encuentra más provechoso para anunciar su lugar de enunciación y manifestar el objetivo y los propósitos de cada uno de los números, sea aquél que encontramos en el comienzo del periódico: la dedicatoria titulada “A los niños que lean *La Edad de Oro*”. La cita es tan extensa como rica para nuestro estudio; es por esto que hemos decidido segmentarla en dos fragmentos para facilitar su análisis. Escribe Martí en la primera parte:

Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos, con los caballeros de mañana, y con las madres de mañana; para contarles a las niñas cuentos lindos con que entretener a sus visitas y jugar con sus muñecas; y para decirles a los niños lo que deben saber para ser de veras hombres. Todo lo que quieran saber les vamos a decir, y de modo que lo entiendan bien, con palabras claras y con láminas finas. Les vamos a decir cómo está hecho el mundo: les vamos a contar todo lo que han hecho los hombres hasta ahora (*La Edad de Oro* 2).

La metáfora de la conversación será una constante en la revista martiana. El autor se propone mantener una relación dialógica con sus lectores, de carácter intimista, desarrollada, sobre todo,

en las ‘notas editoriales’ –presentación y “Última página” de cada volumen–, pero también en las crónicas que se incorporan en el volumen.³

En este breve pasaje, resulta muy sencillo observar la reiteración de verbos, verboides y construcciones verbales, orientados al campo semántico del diálogo y la comunicación: “para *conversar* una vez al mes”, “para *decirles* a los niños lo que deben saber”, “les vamos a decir [...] con palabras claras y con láminas finas”, “Les vamos a *decir* cómo está hecho el mundo: *les vamos a contar* todo lo que han hecho los hombres hasta ahora”. Resulta llamativa la preponderancia del uso del término ‘decir’ por sobre “conversar”. A simple vista se observa el predominio de aquella, lo cual nos advierte de cierto posicionamiento por parte del sujeto de la enunciación.⁴

No obstante, pese a ser muy criticado por sus contemporáneos al momento de salir a la luz la revista –dado que se trataba de un gran escritor que estaba dedicándose a los más pequeños, elección que en la época no era bien vista– también existieron personajes de su época que resaltaron su importancia, no solo por su valor artístico (que excedía la franja específica de los niños y jóvenes), sino también por sus aportes educativos y humanísticos. Tal es el caso de Manuel Gutiérrez Nájera, escritor mexicano modernista, quien escribe para *El Partido Liberal* (25 de septiembre de 1889) una reseña sobre la revista, en la que explica que la reciente obra martiana produce un efecto que le recuerda al alba: “El trabajo que en [el periódico mensual] se emprende y cumple es el trabajo del alba: despertar. Pero, despertar suavemente, despertar besando..., como ella. ¡Con qué timidez ha de tocarse la conciencia de un niño!” (370). *La Edad de Oro* “despierta” en términos de acercamiento al conocimiento.

La preocupación del redactor, subrayada en la nota del mexicano, salta a la vista ya en el primer número: las ilustraciones, los pródigos grabados y la dedicatoria “A los niños de América” posicionan al nuevo sujeto lector en el centro de atención del escritor cubano. Con este objetivo –tal como señala Gutiérrez Nájera– José Martí “se ha hecho niño... un niño que sabe lo que saben los sabios, pero que habla como los niños” (371). El cambio de perspectiva del escritor modernista convierte a *La Edad de Oro* en una revista dirigida a niños y jóvenes, pero que disfrutaban de igual manera los más grandes. A propósito, agrega el mexicano: “Es un periódico mensual para los niños, que a los niños instruye, mejor dicho, educa, y a los hombres deleita” (370). En este sentido, Roberto Fernández Retamar apunta que *La Edad de Oro* puede ser leída como una obra para adultos, como si se tratara de textos de Andersen, Carroll, Tolstoy, Kipling o Saint-Exupéry (87).

Como es posible observar, en *La Edad de Oro* se configura un organizador textual que, en un gesto propio de un maestro o un pedagogo, transmite a sus lectores los valores del humanismo e idealismo martianos –sobre todo en la dedicatoria y “La última página” de los cuatro números–, a partir de un lenguaje claro, acompañado de atractivas ilustraciones y grabados, que funcionan como apoyos didácticos. El autor se expresa a partir de diversas composiciones, como cuentos, poemas, reescrituras y crónicas. La voz textual que articula la revista es compleja y heterogénea, tanto en el orden de los géneros como en el de las temáticas

³ Un caso ejemplar es la crónica-ensayo “La Exposición de París”, publicado en esa revista, al que abordaremos en la segunda parte del presente trabajo.

⁴ Más adelante agrega: “Para eso se publica *La Edad de Oro*: para que los niños americanos sepan cómo se vivía antes, y se vive hoy, en América, y en las demás tierras; y cómo se hacen tantas cosas de cristal y de hierro, y las máquinas de vapor, y los puentes colgantes, y la luz eléctrica; para que cuando el niño vea una piedra de color sepa por qué tiene colores la piedra, y que quiere decir cada color; para que el niño conozca los libros famosos donde se cuentan las batallas y las religiones de los pueblos antiguos. Les hablaremos de todo lo que se hace en los talleres, donde suceden cosas más raras e interesantes que en los cuentos de magia, y son magia de verdad, más linda que la otra: y les diremos lo que se sabe del cielo, y de lo hondo del mar y de la tierra; y les contaremos cuentos de risa y novelas de niños, para cuando hayan estudiado mucho, o jugado mucho, y quieran descansar. Para los niños trabajamos, porque los niños son los que saben querer, porque los niños son la esperanza del mundo. Y queremos que nos quieran, y nos vean como cosa de su corazón” (*La Edad de Oro* 2).

abordadas. Se muestra una clara ponderación de los temas asociados a la infancia, la justicia, la educación, el amor, la amistad, la dignidad, como también de otros valores ligados a la pujanza del mundo moderno –como ocurre en el breve relato “La galería de las máquinas” o el famoso texto “Exposición de París”–. Todos ellos son núcleos temáticos abordados en la revista: seleccionados, recortados y propuestos por un sujeto que organiza el texto, inscribiéndose en él.

De la misma manera, resulta más que interesante la relación de José Martí con las tradiciones culturales y literarias que lo proyectan, principalmente, en dos direcciones: hacia el sentimiento latinoamericano y hacia el futuro.

Una operación similar resulta del recorte de autores que selecciona al momento de reescribir. Cabe señalar, solo por mencionar alguno, el caso del poema incluido de la poetisa Helen Hunt Jackson, emblemático porque traduce con el título de “Dos príncipes”, que podríamos perfectamente traducir como “El príncipe muerto”, una historia que Martí modifica, cediéndole la voz a una pareja de pastores y no a la familia real.

Contrariamente a lo que, como ávidos lectores martianos, querríamos, la revista de tapas azules discontinuó su impresión al quinto mes de su nacimiento. Con la decisión de discontinuar la revista ya tomada, Martí, en la misiva del 26 de noviembre de 1889, explica a Manuel Mercado la principal razón: Da Costa Gómez le solicitó que hablara en todos sus artículos sobre asuntos de Dios, pedido que rehusó:

Va el deber del artículo laborioso, y no el gusto de la carta, porque le quiero escribir con sosiego, sobre mí y sobre *La Edad de Oro*, que ha salido de mis manos –a pesar del amor con que la comencé, porque, por creencia o por miedo de comercio, quería el editor que yo hablase del ‘temor de Dios’, y que el nombre de Dios, y no la tolerancia y el espíritu divino, estuvieran en todos los artículos e historias. ¿Qué se ha de fundar así, en tierras tan trabajadas por la intransigencia religiosa como las nuestras? Ni ofender de propósito el credo dominante, porque fuera abuso de confianza y falta de educación, ni propagar de propósito un credo exclusivo. Lo humilde del trabajo sólo tenía a mis ojos la excusa de estas ideas fundamentales. La precaución del programa, y el singular éxito de la crítica del periódico, no me han valido para evitar este choque con las ideas, ocultas hasta ahora, o el interés alarmado del dueño de *La Edad* (*Cartas* 204).

Como se dijo, uno de los aspectos más modernos y novedosos de la revista martiana es la decisión de dirigir su proyecto de escritura a un nuevo público, los niños, privilegiando la formación de las futuras generaciones. Martí rescata en las páginas de *La Edad de Oro* la expresión del progreso de la ciencia y la técnica como guías del hombre americano hacia el futuro.

En “La primera página”, el autor manifiesta por qué dedica cada uno de los números “A los niños que lean *La Edad de Oro*”:

Para los niños es este periódico, y para las niñas, por supuesto. Sin las niñas no se puede vivir, como no puede vivir la tierra sin luz. El niño ha de trabajar, de andar, de estudiar, de ser fuerte, de ser hermoso: el niño puede hacerse hermoso aunque sea feo; un niño bueno, inteligente y aseado es siempre hermoso. Pero nunca es un niño más bello que cuando trae en sus manecitas de hombre fuerte una flor para su amiga, o cuando lleva del brazo a su hermana, para que nadie se la ofenda: el niño crece entonces, y parece un gigante: el niño nace para caballero, y la niña nace para madre. Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos, con los caballeros de mañana, y con las madres de mañana; para contarles a las niñas cuentos lindos con que entretener a sus

visitas y jugar con sus muñecas; y para decirles a los niños lo que deben saber para ser de veras hombres (2).

Además de expresar su concepción acerca de la infancia y asignarles roles a las niñas y los niños, Martí se dedica a manifestar cuál será el tratamiento de la información que circule en las páginas de la revista –“con palabras claras y con láminas finas”–, para lo cual debe prestar especial atención a los cuidados editoriales, de contenido y estilo que requiere la singularidad de su público.

El periódico, según esta breve presentación, se concibe como una “conversación” con las futuras generaciones. Esta relación dialogada, como veremos más adelante, es trasversal a los cuatro números existentes, y se da en dos planos. El primero, que podríamos llamar ‘literario’ –en el sentido de retórico, presente por ejemplo en la incorporación del plural mayestático en el sujeto de la enunciación–, y otro que, asociado al metadiscurso, se puede observar en las respuestas a cartas u opiniones de lectores que el escritor intercala en sus crónicas.

Un ejemplo que muestra con creces el tratamiento diferenciado que Martí ofrece a su peculiar público se puede observar en “La exposición de París”, el artículo que más trascendió por fuera de la revista y también el más trabajado por la crítica. Allí, el cronista describe cómo se desarrolló en la Francia de 1889, año del centenario de la toma de la Bastilla, la mayor muestra de progreso moderno. La exposición consistía en la presentación de avances científicos y técnicos con fines publicitarios y comerciales.

El artículo no solo ocupa un lugar privilegiado en la tercera revista –ubicado en el centro de tomo y con mayor extensión que el resto– sino que está acompañado por un elevado número de grabados –un total de dieciocho ilustraciones–. En estas páginas, además de mostrar las atractivas ilustraciones, la voz enunciadora de la crónica se incluye en el relato:

Y eso vamos a ver ahora, como si lo tuviésemos delante de los ojos. Vamos a la Exposición, a esta visita que se están haciendo las razas humanas. Vamos a ver en un mismo jardín los árboles de todos los pueblos de la tierra (...). Y para nosotros, los niños, hay un palacio de juguetes, y un teatro donde están como vivos el pícaro Barba Azul y la linda Caperucita Roja (*La Edad de Oro* 79).

Y ahora nos juntaremos, el hombre de *La Edad de Oro* y sus amiguitos, y todos en coro, cogidos de la mano, les daremos gracias con el corazón, gracias como de hermano, a las hermosas señoras y nobles caballeros que han tenido el cariño de decir que *La Edad de Oro* es buena (*La Edad de Oro* 142).

Es frecuente, como podemos observar, la metáfora del narrador de “tomar de la mano” a los niños y niñas que lo acompañen, desde la lectura, en el recorrido de las páginas. Se pronuncia, por momentos, como otro niño ávido por conocer el mundo que muestra *La Edad de Oro*.

El segundo aspecto a considerar, en la dedicatoria que escribe Martí al primer número es el énfasis que imprime a la comunicación entre la revista y su joven público lector.

Cuando un niño quiera saber algo que no esté en *La Edad de Oro*, escríbanos como si nos hubiera conocido siempre, que nosotros le contestaremos. No importa que la carta venga con faltas de ortografía. Lo que importa es que el niño quiera saber. Y si la carta está bien escrita, la publicaremos en nuestro correo con la firma al pie, para que se sepa que es niño que vale. Los niños saben más de lo que parece, y si les dijeran que escribiesen lo que saben, muy buenas cosas que escribirían. Por eso *La Edad de Oro* va a tener cada seis meses una competencia, y el niño que le mande el trabajo mejor, que se conozca de veras

que es suyo, recibirá un buen premio de libros, y diez ejemplares del número de *La Edad de Oro* en que se publique su composición, que será sobre cosas de su edad, para que puedan escribirla bien, porque para escribir bien de una cosa hay que saber de ella mucho. Así queremos que los niños de América sean: hombres que digan lo que piensan, y lo digan bien: hombres elocuentes y sinceros (*La Edad de Oro* 2).

El cubano propone a los niños y niñas que escriban cartas para consultar aquello que quieran conocer, para participar de una competencia de escritura que se propuso llevar a cabo cada seis meses y que finalmente no se concretó. En “La galería de las máquinas” –nota publicada en el cuarto y último número de la revista–, Martí menciona las cartas enviadas por su público en referencia al artículo sobre la Exposición Universal, debido a que muchos de sus lectores pensaban que el escrito era producto de su visita empírica. Sin embargo, el autor dijo:

Una señora buena le armó una trampa al hombre de *La Edad de Oro*. Iban hablando del artículo, y ella le dijo: ‘Yo he estado en París.’ ‘¡Ah, señora, qué vergüenza entonces! ¡qué habrá dicho del artículo!’ ‘No: yo he estado en París, porque he leído su artículo. ‘Y otro señor bueno, que está en París, dice “que a él no lo engañan, que *La Edad de Oro* estuvo en París sin que él la viera, porque él se pasaba la vida en la Exposición y todo lo que había en la Exposición que ver está en *La Edad de Oro* (141).

En este fragmento se puede observar de cómo Martí refirió un lugar que no visitó personalmente, pero lo hizo de manera tan convincente que quienes no participaron sintieron que estuvieron allí, y quienes efectivamente lo hicieron, garantizaron la veracidad de su testimonio.

Asimismo, el fragmento revela otra opinión, la del “señor bueno”, quien señala que, para mayor claridad y comprensión de los niños, la revista debería haber incluido un grabado; con posterioridad, la ilustración sería añadida junto con la anécdota del redactor y dos de sus lectores en “La Galería de las Máquinas”.

La incorporación del contrapunto entre el autor y sus lectores es otra de las formas de demostrar que Martí supo concebir la literatura como una co-construcción llevada a cabo a partir hechos de la realidad, representativa de la imagen cultural del mundo en su época, y basada fundamentalmente en el diálogo. Esta estrategia de sostener la interacción con los lectores permite el entrecruzamiento de diferentes voces que contribuyen en la construcción del imaginario martiano de *La Edad de Oro*, y ofrece un espacio abierto a la discusión y crítica, y a la formulación de diferentes opiniones a partir de las cartas de los lectores.

El espacio textual que resultaba más propicio a la conversación para la voz enunciativa de la revista es, como se ha mencionado, la sección ubicada al final de cada volumen, titulada: “La última página”. Ya en el primer número, el autor lo presenta como “el cuarto de confianza” de *La Edad de Oro*, “donde conversaremos como si estuviésemos en familia” (34).

Podría decirse, por tanto, que existe una clara vinculación entre esta publicación que tiene rasgos, procedimientos y modalidades propios del modernismo en el subcontinente y la singularidad propia de la personalidad artística de Martí, quien suma postulados éticos al proyecto estético planteado en la propuesta educativa martiana de la revista.

A modo de conclusión, señalaremos que en *La Edad de Oro* se perfila la figura de editor, escritor y principal ideólogo de José Martí a través de la peculiar construcción de un sujeto de la enunciación. En sus cuatro números se observa la completa entrega del autor, su confianza en el futuro y en los niños y niñas de América que robustecerán la patria del mañana. Poco más de cien páginas que delinean, con su clara visión de maestro, la esencia del hombre americano y lo afincan al suelo propio, pero también lo ponen en sintonía con lo de afuera. Por esta razón, tanto en la temática abordada en los breves textos que la componen como en sus formas

estilísticas y medios de difusión, el proyecto político-cultural del escritor se perfila en su condición magisterial, didáctica y estética, dejando la huella martiana en cada uno de los volúmenes editados.

Resulta interesante pensar la voz que organiza todos y cada uno de los textos, en su variedad –superficialmente– temática como en sus géneros, desde la perceptiva de Marinello, en tanto que la lengua martiana oficia como “vehículo de la grandeza”, para la cual “todas las accesiones ennoblecedoras le parecen legítimas; todos los tonos útiles; todos los campos fértiles; todas las alturas apetecibles” (123). Se habla en *La Edad de Oro* acerca de las virtudes y la educación moral, de la cultura del trabajo, de la preponderancia de la razón por sobre la fuerza, de la Odisea como de textos y escritores contemporáneos, preponderará en todo momento una conciencia del idioma y una política de la lengua.

Obras citadas

- Arias, Salvador. *Un proyecto martiano esencial. La Edad de Oro*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2001.
- Arias, Salvador. *Glosando La Edad de Oro*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2011.
- Fernández Retamar, Roberto. “Introducción”. En José Martí, *La Edad de Oro*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Gutiérrez Nájera, Manuel. *Obras. Tomo I. Crítica literaria. Ideas y temas literarios. Literatura mexicana*. México, Editorial Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.
- Josiowicz, Alejandra. *La cruzada de los niños. Intelectuales, infancia y modernidad literaria en América Latina*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2018.
- Marinello, Juan. *Obras martianas*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1987.
- Martí, José. *Cartas a Manuel A. Mercado*. Prólogo de Francisco Monterde, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1946.
- Martí, José. *La Edad de Oro*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2010.
- Onís, Federico de. “Sobre el concepto de modernismo”. En H. Castillo, *Estudios críticos sobre el modernismo*, Madrid, Gredos, 1974.
- Rama, Ángel. *Martí. Modernidad y latinoamericanismo*. Compilación de Julio Ramos y María Fernanda Pampín, estudio introductorio de María Fernanda Pampín, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2015.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Venezuela, El perro y la rana, 1989.
- Rotker, Susana. *La invención de la crónica*. Buenos Aires, Ediciones Letra Buena, 1992.
- Schulman, Iván. *Vigencias, Martí y el Modernismo*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2005.